

demonio. Pues bien, en prueba de amor y de agradecimiento, acerquémonos á Jesucristo, adorémosle, abrámosle nuestro corazon, vivamos de su vida, alimentándonos en su sagrada mesa: bendigamos tambien á su bendita Madre y Madre tambien nuestra, que tanto padeció por nuestro amor, y aceptando Jesucristo nuestros afectos y nuestra verdadera piedad, nos concederá su gracia, con la cual nos hará felices en el tiempo y mas felices en la eternidad. *Amen.*

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE NOVENA.

Mulier, ecce filius tuus..... Ecce mater tua.

Mujer, hé ahí á tu hijo..... Ahí tienes á tu madre.

Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

En el momento mismo que Jesucristo pendia del madero de la Cruz, y consumaba la grande obra de la Redencion humana, se sentia en el templo el bullicio y el sonido de las trompetas que celebraban la inmolation del cordero Pascual. ¡Sinagoga infeliz!. De nada sirven ya tus sacrificios. Hijos de Israel, vosotros formabais la heredad predilecta del Dios de Jacob, que á través de los tiempos os ha venido haciendo objeto de su especial predileccion: de entre vosotros suscitó los profetas que por espacio de muchos siglos vinieron sosteniendo con sus vaticinios la esperanza de los mortales: á vosotros os hizo depositarios de sus promesas: pero si un dia os ordenó ofrecerle sacrificios diciéndoos: «Inmoladme las víctimas en el Templo que he escogido.» Hoy os dice: «No me agradan ya vuestras víctimas y holocaustos.» ¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha podido trocar la predileccion del Eterno en

ese ódio que se esparce por todo el ámbito de la tierra? ¿Cuál es tu crimen, infeliz nacion? Dirigid, mis hermanos, vuestras miradas al Calvario. ¿Veis ese Hombre que pendiente de una Cruz, se halla próximo á exhalar el postrimer aliento? ¿Veis esa víctima á quien todavía dirige improperios la chusma judaica? Pues contemplad la obra de la inicua Sinagoga que acaba de cometer en su persona el horrible crimen del deicidio. Ese Jesus á quien contemplais moribundo, es el prometido en las Escrituras: aquel por cuya venida, tan continuos y repetidos clamores elevara al cielo el pueblo judío: vino á los suyos y los suyos no le recibieron. Hizo públicas demostraciones de su divinidad, efectuando prodigios que solo podian ser obras de Dios. Sin embargo, la Sinagoga en su obcecacion no vió en El los caracteres del Mesías. Por todas partes iba haciendo bien: no habia necesidad que no remediase, lágrima que dejase de enjugar: enfermo á quien no diese la salud: esplicaba las Escrituras con una sabiduría admirable: usaba la mayor sencillez en sus esplicaciones: su modestia y su santidad eran de todos conocidas, y tales eran sus milagros que entusiasmas las turbas, quisieron mas de una vez proclamarle rey: pero Jesucristo que no buscaba su gloria sino la de su Padre; Jesucristo que vino á enseñarnos con su ejemplo y su doctrina el camino de la humildad, huía de toda clase de aclamaciones y se ocultaba milagrosamente de los que le rodeaban, cuando advertia sus intenciones de hacerle rey.

Pues bien, señores: á este Hombre tan benéfico y tan santo, á este Hombre que tan claramente deja conocer en sus obras que es tambien un verdadero Dios, le persigue sin tregua ni descanso la inicua y pérfida

sinagoga, que consume en su Persona la obra de la iniquidad, conduciéndole al Calvario y quitándole la vida en el suplicio de los criminales. No preguntéis ya la causa de la desgracia del pueblo judío, ni el por qué desagradan al Eterno sus holocaustos. En la cima del Gólgatha se ha ofrecido ya la Hostia pura, santa é inmaculada, el Cordero cuya sangre borra los pecados del mundo, la única oblacion que subiendo en olor de suavidad hasta el trono del Eterno Padre, aplaca su justicia y la reconcilia con el hombre.

Asististeis ayer en espiro á la sangrienta escena del Calvario: y contemplasteis al par de los crueles tormentos de la crucifixion que sufriera nuestro Redentor amabilísimo, la virtud, la resignacion, la admirable heroicidad de la Santísima Virgen, que presenció tan inhumano acto. No pudisteis menos de prorrumper en tiernos suspiros cuando meditasteis el agudo dolor que traspasaria necesariamente su alma, cuando inmóvil al pié de la Cruz, presenciaba la agonia del Hijo de sus entrañas.

Hemos llegado, señores, á los momentos supremos: la naturaleza empieza á eclipsar la luz de sus dorados rayos, y el Dios-Hombre que se halla elevado entre el cielo y la tierra, se dispone á pronunciar las cláusulas de su último Testamento. Sus primeras palabras van dirigidas á su Eterno Padre, y en ellas le pide misericordia y perdon para sus mismos enemigos, y en seguida ofrece el Paraiso al buen Ladron que le pide misericordia. ¡ Mas hay! ¡ Cuánto ama Jesucristo á la pobre humanidad por la que vierte su sangre! Todo le parece poco para el hombre. ¿ Qué es lo que mas ama en el mundo? Su Madre. Pues bien: la lega á la humanidad. ¡ oh, que legado tan precioso!

Vé al pié de la Cruz á la bendita Madre que le habia concebido en sus entrañas y al discípulo amado, y abriendo de nuevo sus lábios se dirige á la Madre diciendo: *Mulier, ecce filius tuus*: Mujer, hé ahí á tu Hijo: y mirando despues al discípulo, le dice: *Ecce Mater tua*: hé ahí tu Madre.

Ved aquí el punto de nuestras meditaciones en esta tercera tarde, en la que voy á demostraros el por qué este precioso legado del Salvador, sirvió en aquel momento para recrudescer los acerbos dolores de la Santísima Virgen, y será el objeto de la primera parte del discurso, dedicando la segunda á demostrar cómo se cumplieron en Jesucristo las antiguas profecías, lo que forma una demostracion de su divinidad.

Imploremos ante todo los divinos auxilios, etc. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Tanto nos amó el Eterno Padre, dice San Juan, que nos dió á su Unigénito Hijo (1): á este modo podemos decir: Tanto nos amó Jesucristo que nos dió á su misma Madre. Acabamos de decir que todo parecia poco al Salvador en su deseo de favorecer al hombre: compadecido de su infeliz estado, se revistió de nuestra humana naturaleza, cargando con todas sus miserias, escepto el pecado, y sujetándose á una pasion dolorosísima y cruel pagó cuanto nosotros mereciamos. Se acerca la hora en que debe entregarse en manos de sus enemigos, y queriendo permanecer para siempre entre nosotros, no obstante tener que partir á su Padre,

(1) Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum Unigenitum daret. Joan cap. III, v. 16.

agota, digámoslo asi, los tesoros de su amor, de su poder y de su sabiduría, instituyendo el augustísimo Sacramento de nuestros altares, formando de este modo una sociedad admirable entre Dios y el hombre, destinada á producir una fuente de vida y de felicidad, que saltando hasta la eternidad habia de formar la verdadera dicha de los humanos. Y de este modo, el hombre que se fatiga en vano buscando la plenitud del bien que no encuentra y que siempre es á su vista como un fantasma que se disipa, le halla en la posesion de Dios, en la union con su Dios por medio de la Eucaristía: porque Dios se lo dá todo, habita en él, le concede la paz que le acompaña siempre, y le hace no temer nada aunque se halle rodeado de sombras de muerte. Asi nos dice Jesucristo: os amo y porque os amo, he sacrificado mi cuerpo que os lo doy en alimento (1): os amo y por esto he sacrificado mi gloria abrazando las ignominias (2); os amo y por esto sacrifico mi vida en un patíbulo (3).

Ahora bien, mis amadísimos hermanos: ¿Pudo Jesucristo hacer mas en nuestro favor? La prueba del amor está en sacrificarse, en dar la vida por el que se ama (4). Jesucristo que ha hecho esto, ha querido aun hacer mas, pues tanto es su amor, que parece no hallarse nunca satisfecho. Va á espirar en la Cruz, y nos dá á su Madre para que sea nuestra Madre. Esto merece, señores, fijar detenidamente nuestra atencion.

Vamos en espíritu al Gólgatha. ¿Qué hace María al pié del sagrado leño de la Redencion? Está llenando

(1) Math. cap. XVI, v. 26.

(2) Psalm. XXI v. 7.—Isai. LIII.—Ad Galat. cap. III, v. 13.

(3) Joan. cap. X, v. 14 y 15.

(4) Joan. cap. XV, v. 13.

una mision sublime: está cumpliendo la voluntad divina. ¡Qué sacrificio tan heróico! A aquel lugar la llama el Eterno Padre para que ofrezca el sacrificio de su Hijo (1), y conforme como siempre lo estuvo con la voluntad divina, está dispuesta á descargar ella misma el golpe mortal sobre la divina víctima, si se le ordena (2), pues que es superior en la obediencia y en todas las demas virtudes á Abraham y á los demas Patriarcas. Allí permanece inmóvil cual una roca contemplando las llagas de su Hijo, al que adora como á Redentor del mundo. Y entre el huracan que agita las cruces del Calvario y las señales de trastornos que presenta la naturaleza, suspira en el mayor dolor y esclama como en el dia feliz de la Anunciacion: *fiat*: hágase; oh Eterno Padre! tu voluntad soberana. ¿Quién podrá espresar cuanto hay de grande y de sublime en la conducta de la Virgen de Nazareth? Ella es la mujer fuerte que destruye el imperio de la serpiente: ella es la alegría del universo, la esperanza de los mortales y el terror del infierno.

Pero aun no ha llegado á su término la mision de María en el Calvario asociada con Jesucristo por disposicion del Eterno para la salvacion de la humanidad. Tiene ahora que recibir la maternidad espiritual de todos los humanos. Escuchad las palabras del Salvador: «Mujer, ahí tienes á tu Hijo. Discípulo, ahí tienes á tu Madre.» ¡Oh! Que este titulo es el origen de los mas bellos y nobles sentimientos. Al contemplarlo,

(1) Voluit adesse Mariam Virginem, non sine magnis rationibus... ut ipsa Mater Filium suum in sacrificio Patri Eterno pro toto mundo offerret. Salm. in Evang., lib. 10, tr. 41.

(2) Ha divinæ voluntati conformis erat, ut si opportuisset ad implendam voluntatem Dei, ipsa Filium in cruce posuisset, at que obtulisset. S. Anselm. de excell. Virg.

mi corazon rebosa en las mas dulces expansiones: me olvido de la tierra y me veo trasladado al cielo. Dios, que ha enriquecido el alma de María con gracias singularísimas al constituirla Madre suya, le dá ahora una cualidad y un titulo que ha de atraer hácia ella las bendiciones del mundo. Sin embargo; estas palabras forman en aquellos momentos un nuevo tormento para el corazon angustiadísimo de María, de tal modo, que al escucharlas cae desmayada, dice un piadoso contemplativo, en brazos de las santas mujeres.

Y no podia ser de otro modo: el divino Salvador al dirigirse á ella para constituirla Madre del género humano, parece como que se despoja del titulo de Hijo suyo, pues que no la llama Madre sino Mujer. ¿En qué ocasion, señores? Justamente cuando va á exhalar su postrimer aliento en el patíbulo de los delincuentes: cuando María contempla su agonía; cuando no puede menos de recordar el tiempo que le llevó en su seno y aquellos dias felices en que le alimentara con sus pechos; cuando iba á separarse de aquel Hijo que amaba tan extraordinariamente y cuyas perfecciones infinitas conocia. María acepta la maternidad de los humanos: pero la multitud de sus hijos adoptivos, ¿podia por ventura sustituir al Hijo de sus entrañas que iba á espirar en la Cruz?

María estuvo siempre divinamente inspirada. Así como un dia estando en casa de Isabel cuando llevaba en sus entrañas á su divino Hijo, atravesó con su imaginacion por medio de los siglos y de las generaciones, y adivinando el porvenir esclamó: «Desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones.» En este momento vuelve á descorrerse ante sus ojos el velo del porvenir, y al escuchar el legado

de su divino Hijo, ve como de presente la suma ingratitude de los que no habian de querer aprovecharse de los frutos de la Redencion, y habian de renovar con sus pecados los tormentos de su Hijo y sus propios dolores. A su vista se presentan las persecuciones de los primeros siglos: los combates de los poderosos de la tierra: las heregías que habian de aparecer en el campo místico de la Iglesia, y el materialismo, y racionalismo con todas sus ramificaciones y el indiferentismo religioso, y la profanacion de los templos y aun los crímenes y sacrilegios habian de verificarse en la sucesion de los siglos. ¿Y no creéis que esto fuera suficiente para atormentar mas y mas el corazon purísimo de aquella singularísima y privilegiada criatura? ¡Y tales maldades habian de ser cometidas por aquellos que quedaban desde aquel momento declarados hijos suyos!..

No continuemos por mas tiempo en estas reflexiones, pues que no podemos menos de llenarnos de confusion al escuchar los gritos de nuestra conciencia que nos advierte que tambien nosotros hemos desmerecido del título de hijos de María, por las continuas transgresiones de la divina ley, y veamos á qué nos obliga el legado de Jesucristo al declarar por madre nuestra á María.

Veamos todo el significado de las palabras del Salvador. Voy á morir, y mi amor no me permite dejaros huérfanos (1). Quiero dejaros un guia, una Madre que os conduzca como por la mano por la senda de la felicidad. No he encontrado en el mundo una criatura mas pura, mas santa, ni mas digna de ser mi

(1) Joan. Cap. XIV. v. 18.

Madre que María. Es lo que mas amo en la tierra. Pues bien, os lego á mi Madre para que sea Madre vuestra y medianera de intercesion para con vosotros; por sus manos quiero concederos en adelante mis gracias y misericordias: si ella ha sido la escala por la que yo he bajado á la tierra, quiero que por ella merezcáis vosotros subir al cielo. Nuestro deber, pues, es amarla y amarla extraordinariamente. Dios ama tanto á María, dice San Anselmo, que le dá lo que mas ama, le dá á su Hijo para que sea su Madre. Nada haremos demas nosotros con darle nuestro corazon.

¿Pero sabéis vosotros, mis hermanos, en qué ha de consistir esta entrega de corazon? No en un culto vano ni en una compasion estéril por sus dolores, sino en procurar su semejanza en cuanto nos sea posible. María, que comprende los deberes de su maternidad, nos dice llena de amor: «Venid á mí los que estais atribulados y yo os aliviare.» Debemos pues confiar en su amor y en su proteccion benéfica. La devocion infunde confianza, y esta confianza asegura la proteccion de la Virgen: pero la devocion ha de ser verdadera y la confianza fundada en las buenas disposiciones del corazon. Sabéis muy bien que el amor supone y pide semejanza entre los que se aman. Así que, la Santísima Virgen es un modelo de todas las virtudes que el Señor nos pone delante de los ojos para que procuremos asemejarnos á este retrato. Dios quiere que le busquemos por el camino de las virtudes, que seamos perfectos, que seamos santos, y para esto nos ha dado una Madre dotada de santidad, criatura la mas perfecta que ha existido ni existirá jamás sobre la tierra, y cuya vida es regla de perfeccion